

LA LEYENDA

Aquella noche Pablito no quería dormirse; en vano Carmen, la vieja costurera, apagó varias veces la bombilla, pues el niño la obligaba a encender de nuevo.

—Que no me duermo, Melita, hasta que me cuente un cuento de esos de príncipes y de cenicientas.

—Pero hijito, si ya te he contado todos los que sé.

—No, Melita, que usted me dijo una noche que sabía uno muy bonito, pero que no me lo contaba porque me daba miedo; yo ya no soy miedoso; ¿se fijó cómo hoy sí jugué con el perro de tío Joaquín?

—Pero el que me pides te cuente, además de ser miedoso, no te va a gustar, pues no es de bosques encantados ni de príncipes, sino de pastorcitos y pastorcitas.

—A mí me gustan las pastorcitas; en un diciembre que salí al campo las conocí, y les tuve envidia, pues ellas podían mojarse los vestidos y jugar con los cabritos. ¡Cuéntalo, cuéntalo! y mañana me estoy formal.

La vieja, dejando la calzeta y guardando las antiparras en la caja de peluche, dijo:

—Voy a contarte una historia que oí a mi abuelo há mucho tiempo y que sucedió en mi pueblo, Dios sabe cuándo.

Es San Juan de las Aguas el pueblo más lindo de la comarca que se extiende detrás de la cordillera y acá del llano. Enclavado al pie de la colina del santo, está guardado por montañas que forman una hoya partida en dos mitades por el río: éste tiene salida por el boquerón que llaman de las Aguilas. Allí, al pie de las rocas y por donde pasa rugiendo el río, fue donde sucedió la historia que voy a contarte:

Había un pastor llamado Damián, que vivía al lado acá del boquerón, y había también una pastorcita de

los valles 'de San Juan, a la que conocían los gañanes con el nombre de Maruja la Trigueña.

En un verano, en el que escasearon los pastos en las campiñas, tuvieron los pastores que buscar las faldas del boquerón para apacentar los rebaños, y así fue como Damián y la Trigueña se conocieron.

Era alto el mozo, que contaba veinte abriles, tenía los ojos azules y castaño oscuro el cabello, fascinaba a las mozuelas con su porte y su hermosura, pero ni una tan siquiera había conseguido que Damián fuera a su cabaña a cantarle una de tantas canciones que el pícaro sabía y que como ninguno acompañaba con el tiple. La única que en una tarde de verano logró oír de sus labios las palabras y canciones amorosas fue Maruja la Trigueña, la de San Juan de las Aguas, la hija de don Candro... y desde esa tarde a la orilla del río y al pie del boquerón, el crepúsculo presenciaba la despedida de dos pastores, que a la siguiente allí mismo volvían a encontrarse, él para cantar sus canciones, ella para sonreírle, ambos para amarse mucho, mucho...

En una cueva cercana vivía una vieja hechicera, la que trajo la desgracia a los amantes, pues dice la leyenda que una tarde los maldijo; lo que no se sabe es si fue porque las otras pastoras envidiosas de la suerte de la Trigueña, le dijeron a la vieja que maldijera sus amores o si fue que la bruja, cansada de oír canciones de Damián, o envidiosa también de ver tanta ventura, quiso hacerles desgraciados. Y cuentan las gentes que una tarde, cuando más alegres estaban el mozo y la Trigueña, desde una alta roca, echando fuego y blasfemias por la boca, aquella infame los maldijo. Y dicen también que en ese atardecer, al despedirse, lloró la hija de Candro, y que sin saber por qué Damián lloró también, cuando con sus besos le enjugó las lágrimas.

Era ya la hora del crepúsculo del siguiente día; el tiple dejaba oír sus notas a la orilla del río, pero no alegres como en las tardes pasadas, sino muy tristes, pues el pastor estaba sólo y tiempo hacía que esperaba en vano a la Trigueña.

A ratos pensaba el desventurado que una desgracia habría sucedido a su amada, pero a ratos también empujado por los celos, veía a la pastora en brazos de otro amante y olvidada de su pobre Damián. Y recordaba también, cómo sin saberlo, ambos habían llorado la tarde anterior; pero sin embargo esperaba, esperaba....

El sol iba cayendo y con él se iba la esperanza, y a medida que las sombras se acercaban, se acercaba también la amargura.

Había que aprovechar los últimos rayos del sol para ver desde un alto pico los valles de San Juan, y el camino de la serranía, pues aún le quedaba esperanza al pastor de ver venir a su zagala.

Dejó al can el cuidado del rebaño y, atravesando el río, principió a subir por las rocas. En vano lo agudo de los tajados picos y el rugir del agua entre las piedras, que anunciaba al que desde la altura cayese el más terrible fin, detuvieron al amante que, confiado en sus fuerzas, escalaba animoso un sendero al que tan sólo habían llegado las águilas para esconder su nido. ¡Sólo el amor subió tan alto, el de la madre por guardar al hijo, el del amante por buscar la amada!

El sol aún no quería ocultarse, parecía esperar ansioso la lucha de dos amores. Ya cerca estaba el mozo de alcanzar el risco desde el cual se divisaba el camino y la campiña, cuando una corona de acerados picos se clavó sobre su frente como premio al valeroso esfuerzo. Temerosa la madre por la vida del polluelo se lanzó a la lucha: un lay! resonó por las campiñas, un graznido

dio la voz de triunfo, y un golpe seco sobre las piedras que aguardaban bajo el abismo, terminó el drama.

Entre tanto, por el camino de San Juan se acercaba la huérfana de Candro, por el que aún doblaban las campanas de la aldea. Maruja la Trigueña venía por su amante, para compartir con él su dolor.

El rebaño se dispersó por las laderas; un can aullaba a la orilla del río; el sol ya se ocultaba, poniendo rojo el firmamento como rojas estaban las aguas de la fuente, cuando llorosa y fatigada llegó la zagaleja donde estaba el cuerpo de Damián, su amante.

Y aseguran los que esta historia me contaron, que a la mañana siguiente encontraron sobre las piedras del río dos cadáveres: el del zagalillo Damián y el de la huérfana de Candro.

Desde aquella noche, cuando va cayendo el sol, se oyen risas que salen de una cueva cercana; y desde entonces rojas están las piedras en aquel sitio....

Pablito se durmió después, y soñó con brujas y con águilas, y a la mañana siguiente dijo a su vieja compañera que no le volviera a contar sino cuentos de príncipes y cenicientas.

IÑIGO DE ALMENAR
Alumno del Rosario.

TESIS DE PRIMER AÑO

DE LENGUA CASTELLANA

En siglos lejanos, cuando el cerebro del hombre comenzaba a penas a percibir los primeros rayos luminosos de la ciencia, los impartidores de ella, pedagogos y dómínes, eran considerados casi como seres sobrenaturales que sólo podían decir infalibles sentencias. El apotegma *Magister dixit*, era entonces como un resorte mágico que abría las puertas más bien cerradas